



Un Pregón y dos Lecciones

Un Pregón y dos Lecciones

Se recogen en la presente publicación, tres escritos del autor surgidos en tiempo y circunstancias distintas.

El *Pregón* fue proclamado en Torrent el 23 de marzo de 2013 como anuncio oficial del inicio de las celebraciones de la *Semana Santa Torrentina*.

Las *Lecciones: Viviendo una aventura* y *La ciencia del corazón* son de naturaleza académica. La primera de ellas fue pronunciada en el Salón de Actos “Bodas de Oro” de las Escuelas Profesionales Luis Amigó el 6 y el 13 de junio de 2009 en el doble *Acto de Graduación* en que se distribuyeron las alumnas y alumnos que componían la X Promoción de la ESO de la Institución. La otra –ambientada en Torrent y en el marco del Inicio oficial del curso académico 2013-2014, en el que se conmemoraban los 125 años de la llegada de los Amigonianos a la población– fue leída en el Salón de Actos del Colegio Monte-Sión el 27 de septiembre de 2013.

Una historia de Amor y Fortaleza

Pregón Semana Santa de Torrent

Monte-Sión, 23 de marzo de 2013

Antes que nada me permitiréis que os exprese con brevedad los sentimientos que me unen cordialmente a vuestro –o mejor aún a *nuestro*– querido pueblo y ciudad.

Por una de esas carambolas que tiene el destino –al que los hombres de fe llamamos *Providencia*– vine a dar con mis huesos, por decisión de mis superiores, en nuestro siempre querido y añorado Convent de Monte-Sión, de cuyo Colegio me acababan de designar Director Técnico. Era principios de septiembre de 1981.

Tan solo dos cursos escolares pude permanecer entre vosotros de forma estable, pero en tan breve espacio de tiempo vuestra acogida y forma de ser me cautivaron

ya para siempre. Además –en la Semana Santa de 1982– tuve ya la oportunidad de ser Pregonero de estas celebraciones, cuando Pregón y Nombramiento de la Reina se realizaban en un mismo acto y cuando éste tenía lugar en el marco del Salón de Actos de la Sede Central de la Caja de Ahorros de la localidad, hoy Casa-Ayuntamiento de la ciudad. Veinte años después –en 2002– tuve que desempeñarme, siempre con gusto y agradecimiento, en el Acto de Nombramiento de la Reina de aquel año. Y hoy vuelvo, emocionado, a anunciaros con gozo y profundo sentimiento de religiosidad la ya inminente celebración de la Semana Santa, en la que –un año más– conmemoramos los actos centrales de nuestra fe cristiana.

I. *Significado de estas celebraciones*

Con toda intención, he querido bautizar este Pregón como *Una historia de Amor y Fortaleza*.

En primer y primordial lugar, *de Amor*, pues éste –y no otro– es el denominador común de toda la *historia de salvación*.

Por *amor* nos creó Dios y Él, que –como nos dice San Juan en la primera de sus Cartas –*es Amor* (1 Jn. 4, 8 y 16) nos hizo a “su imagen y semejanza” para que amando –y amando de verdad– nos fuésemos realizando felizmente como personas, creciendo al mismo tiempo en *identidad humana* y en *identidad espiritual*.

Por *amor* Dios supo hacerse constantemente presente –por medio de variados acontecimientos y de distintas personas, entre las que merecen un lugar privilegiado los *profetas*– en la historia de la humanidad, mostrando en todo momento una preocupación –verdaderamente maternal– por iluminar los senderos de cada hombre y mujer hacia su feliz realización y, en su caso también, por enderezar a buen puerto los pasos de quien se encontraba desorientado.

Pero esa *historia de amor* –comenzada en los inicios del tiempo y perpetuada sin interrupción a lo largo del devenir humano– tuvo su culmen en Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

Ya su mismo nacimiento en Belén fue un *mensaje refrescante de amor* para la humanidad. Un mensaje entretejido de *felicidad* y de su expresión más natural y esplendorosa: la *paz*. *Gloria* –felicidad– proclamaron los ángeles y *paz* a todo hombre y mujer, pues en ellos Dios se complace y en ellos encuentra Él su verdadera *gloria* y corona.

Pero ese profundo *mensaje de amor*, hecho vida y testimonio en el Hijo –en la *Palabra* encarnada– alcanzó, sin duda, su máxima expresión en los duros mo-

mentos de la *Pasión*, pues como el propio Cristo dijera: *Nadie tiene amor más grande, que aquél que da su vida por sus amigos* (Jn. 15, 13).

Junto a esa *historia de amor*, sin embargo, –y en íntima conexión con ella– se encuentra toda una *historia de fortaleza*.

Solo los *fuertes* crecen en amor. Solo ellos son capaces de amar de verdad y de mantenerse fieles al amor aún en medio de las más adversas circunstancias.

Claro que la *fortaleza* a la que aquí se hace referencia es la misma que canta en su acróstico a la *mujer fuerte* el libro de los Proverbios (Prov. 31, 10-31). Una fortaleza que no se puede confundir ni con energía física, ni con la *valentía* que aflora en un momento de heroísmo, y ni mucho menos con la *prepotencia* de la que hacen gala quienes pretenden imponer la *sin-ley de los más “fuertes”*. Es más bien la *fortaleza interior* que se necesita para asumir con *entereza* y con *gallardía moral* la renuncia a los propios egoísmos.

El amor –raíz y cimiento de toda verdadera identidad humana– exige, por su propia naturaleza, *salir de uno mismo, emigrar de la propia tierra, emprender el éxodo del propio yo* para poder descubrir así, junto a los demás, una nueva tierra y resucitar con ellos a una nueva realidad en la que por encima del “yo” o del “tú” de cada uno en particular, esté un “nosotros”, cohexionado en el mutuo amor. Y un tal *éxodo* y *peregrinaje* no es posible, si se carece de la suficiente *fortaleza* para saber decirse *no*.

Hoy en día, por desgracia, esta *crisis* de la que no logramos vislumbrar tan siquiera el final; esta *crisis* de la que nadie parece saber con seguridad el camino de salida; esta *crisis* en la que –como suele suceder tristemente siempre– los más culpables “se van de rositas” y acaban pagando con creces “los poca-ropa”; esta *crisis* –repito– nos hace descubrir cada día cómo el amor se mantiene y acrecienta en el seno de nuestras familias en la medida que las adversidades, lejos de derrumbarnos, nos van fortaleciendo –no sin dolor, sufrimiento y dramatismo– interiormente.

La *crisis* –en medio de sus injusticias y estrecheces– nos ha ido devolviendo una *gallardía y entereza* que la abundancia había debilitado, haciéndonos vivir en una especie de *civilización light* –exaltadora de lo ligero, de lo “sin esfuerzo” ni coste alguno, de lo eternamente fácil– que la *crisis* misma ha desmantelado de cuatro zarpazos.

Quizá, todo esto –y algo más– es lo que quiso sintetizarnos el propio Cristo, cuando, en uno de esos dichos –que, por su misma naturaleza, tienen vocación de síntesis y compendio de todo su mensaje– proclamó, ya en el umbral de su

Pasión: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo, pero si muere da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, el que se desprende de sí mismo, encuentra sentido verdadero a su propia vida* (Jn. 12, 24).

II. *La Semana Santa en este “Año de la Fe”*

Presentadas ya las celebraciones de la Semana Santa como una *Historia de amor y fortaleza*, quisiera poner de manifiesto ahora –en esta proclama pregonera de nuestra Semana Mayor– el especial sentido que ésta adquiere en este *Año de la Fe* que, por expresa voluntad del papa Benedicto XVI comenzó el 11 de octubre del pasado 2012 y se alargará hasta el 24 de noviembre del presente 2013.

En este marco concreto de la Fe, no se puede silenciar el hecho de que fue precisamente la *Muerte y Resurrección del Señor* lo que constituyó –en los inicios mismos de la Iglesia– el *Kerigma*, el *credo* esencial e irrenunciable, de nuestra fe cristiana, que se centró –tal como san Pablo recoge al referirse a la celebración eucarística– en *anunciar la muerte del Señor, hasta que vuelva* (1 Co. 11, 26), o si preferís, como hoy en día proclama la liturgia, en *anunciar la muerte del Señor y proclamar su resurrección*.

De hecho, sabemos que lo primero que la Iglesia primitiva consignó por escrito

–a partir de la tradición oral que ininterrumpidamente se venía transmitiendo desde tiempos del propio Cristo– fue el relato de la *Pasión del Señor*, de su muerte y resurrección. Y esta es posiblemente la razón de los grandes paralelismos que respecto a este relato guardan no sólo los tres evangelios sinópticos, sino el propio evangelio de Juan, que, por lo general, sigue un esquema y estilo propios y originales.

A partir de ese *Kerigma primitivo* –centrado en los acontecimientos que cada año conmemoramos de modo especial en la Semana Santa– la Iglesia posterior fue ampliando el *Credo*, que, tanto en su *versión apostólica* –o *Credo corto*– como en su versión más amplia –o *Credo Niceno-constantinopolitano*– tiene como centro y referencia esencial que *Cristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado y al tercer día resucitó, subió a los cielos, está sentado a la derecha del Padre y vendrá a juzgar a vivos y muertos*.

III. *Los momentos fuertes de nuestra Semana Santa Torrentina*

Con todo, los acontecimientos –que sucedieron hace ya casi dos mil años en Jerusalén durante la *Pascua judía* y que han constituido desde los inicios el núcleo central de nuestra fe cristiana– aunque transcurrieron en tan solo tres cortos días fueron de tal intensidad, que es difícil recoger toda la rica variedad de matices y sentimientos contenidos en sus diversas escenas.

Por ello, aunque nuestra *Semana Santa Torrentina* es, no cabe duda, amplia y ha ido creciendo considerablemente con los años, aún podría ampliarse, acogiendo otras escenas o pasajes que quedan ahí para la creatividad e iniciativa de futuras generaciones de hermanas y hermanos.

Yo ahora, en esta última parte de mi pregón, quiero tan solo dedicar una palabra, un recuerdo, un sentimiento, a cada uno de los *pasos* que este año veremos desfilar procesionalmente por nuestras calles. Para ello, articularé esta parte de mi proclama en torno a un preámbulo y tres actos.

A. Un preámbulo. La entrada triunfal en Jerusalén.

Como es natural, el *preámbulo* es –seguro que ya lo habéis adivinado– la *entrada triunfal de Jesús en Jerusalén*, que mañana conmemoraremos un año más con el primer *paso* que desfilará por nuestras calles por iniciativa de la *Hermandad de la Santa Faz*. Él nos hará evocar, con ternura y emoción a un tiempo, aquella entrada histórica de Cristo en la Ciudad Santa, rodeado del entusiasmo desbordante de las gentes sencillas que aclamaban jubilosas a quien “llegaba en nombre del Señor”. Es cierto que algunas de estas personas, tan solo cinco días después, pedirían para él la pena capital. Pero la diferencia fue grande. El Domingo de Ramos la gente actuó espontáneamente, mientras que el Viernes siguiente lo haría instigada por los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo.

B. Acto I. La Fiesta.

Y tras el preámbulo, el *acto I*, la *fiesta*. Porque –eso sí– los tres días definitivos comenzaron con una gran fiesta. La *cena pascual* con que los judíos conmemoraban la liberación de la esclavitud egipcia. Y en esta ocasión, esta *fiesta judía* adquirió también un profundo significado *cristiano*, pues en ella Cristo nos legó su testamento –centrado en el *amor*– que selló con la institución de la Eucaristía y del sacerdocio ministerial. Y es esto precisamente lo que nos hace revivir de alguna manera con sus pasos, la *Hermandad de la santa Cena y Caballeros del Santo Cáliz*.

La fiesta, sin embargo, no tuvo lo que podríamos llamar *dulces postres*, pues –tras cantar los salmos del Hal-lel (Sal. 113 a 118) en los que se alababa a Dios, recordando su actuación liberadora y dándole gracias por “ser eterna su misericordia– Jesús adelantó a sus discípulos que pronto se escandalizarían de él, lo abandonarían y hasta lo negarían, y a continuación marchó con ellos a Getsemaní, donde, en medio del sueño de sus seguidores –como tan bien queda representado en el paso de la *Hermandad de la Oración del Huerto*–, oró así, a su Padre, mientras en su angustia, tristeza y pavor sudaba sangre: *Abba –papá– si es posible que pase de mí este cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú* (Mt. 26. 39).

C. Acto II. Juicio y condena.

Sin salir aún de Getsemaní, nuestra *Historia de amor y fortaleza* estrena su segundo gran acto, centrado en el *juicio y condena* de Jesús. Un juicio y condena que se inician con dos situaciones que le hacen sufrir profundamente por cuanto significan de *humana desilusión*, ante el rápido abandono de quienes él consideraba –y posiblemente lo eran– sus amigos.

La primera de esas situaciones se encarga de traérnosla a la memoria del corazón la *Hermandad del Prendimiento de Jesús* que, con su paso de la *traición* –o si preferís, del *desencanto*– de Judas nos invita a escuchar de nuevo, en medio del silencio de su procesionar, aquellas amargas palabras que recoge el evangelista Lucas: *Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre!* (Lc. 22, 48).

La otra situación previa al juicio que conmovió tristemente las entrañas del Maestro es la que pone de relieve, con sus pasos, la *Hermandad de las negaciones de Pedro*. En esta ocasión, Cristo no encuentra tan siquiera palabras para verbalizar su estado de ánimo, su sentimiento humanamente herido y se limita –como se encarga una vez más de recoger el evangelista Lucas– a *volver la vista y mirar a Pedro* que le acababa de negar por tercera vez (Lc. 22, 61). Una mirada que se trasformó en arrepentimiento para el discípulo, como la misma *Hermandad de las Negaciones* nos muestra.

Lo que vino a continuación: *el juicio* se encargan de representárnoslo, con lujo de detalles, la *Hermandad de Jesús ante el Sanedrín* que, con sus pasos, nos ayuda a rememorar lo sucedido tanto en el *tribunal judío*, como, a renglón seguido, en el *tribunal romano* presidido por Poncio Pilato.

A partir de aquí, se precipitan ya las *escenas* que secuencialmente nos recordarán los pasos de la *Hermandad de la Flagelación del Señor* (Mt. 27,

25), de la *Hermanidad del Ecce-Homo* –que hace resonar en nuestros oídos tanto las palabras de la soldadesca: *Salve, Rey de los judíos* (Mt. 27, 29), como las del propio Pilato: *Aquí tenéis al hombre* (Jn. 19, 5)– y de la *Hermanidad de Jesús de Medinaceli* que con naturalidad evoca a Cristo revestido de nuevo con sus ropas (Mt. 27, 31), que escucha sereno la sentencia a muerte del Procurador romano –tras dejarle claro que *no tendría contra él ningún poder, si no le hubiese sido dado de lo alto* (Jn. 19, 11)– y escucha también, con la lógica amargura, el *crucifícale, crucifícale...* que jalea una multitud exaltada.

D. Acto III. *Vía Crucis y ejecución.*

Finalizado el juicio y dictada la sentencia, se inicia el *tercer acto* de nuestra particular Semana Santa, comenzando por el angustioso recorrido que transcurre por la calle de la Amargura. Y son dos las Hermanidades que nos ayudan a reunir tan penoso camino: la *Hermanidad de Jesús Nazareno y Simón Cirineo* –que nos habla por un igual de un *Cristo debilitado* y de un buen hombre que pasó a la historia por encontrarse en el sitio preciso y en el momento justo, y porque, como quiere la tradición, acabó haciendo de corazón, lo que empezó haciendo obligado (Mt. 15, 21), la *Hermanidad de la Santa Faz* que resalta una escena –no recogida en la Biblia pero fuertemente enraizada en la primera tradición cristiana y en nuestra particular cultura valenciana– que nos lleva, de alguna forma, a hacer presente el diálogo de Jesús con las mujeres que le seguían en su *Vía Crucis* (Lc. 23, 27-30) y la *Hermanidad del Divino Costado*, con su paso de las *Tres caídas de Jesús*.

Después, llegados al *Calvario*, son *seis* Hermanidades las encargadas de actualizar, con sus pasos, otras tantas escenas de la *Crucifixión, muerte y sepultura del Señor*.

En primer lugar, la *Germanadat de les set paraules i el Crist del Perdó*, que centra nuestra piadosa atención en los angustiosos momentos que van desde la *crucifixión a la muerte*, recogiendo las palabras que el propio Cristo pronuncia en tan dramáticas circunstancias y deteniéndose de forma especial en la súplica que dirige a su Padre Dios cuando le pide: *Perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc. 23, 34).

A continuación, de nuevo la *Hermanidad del Divino Costado*, con esa su estampa de un Cristo que, no reservándose nada para sí y no teniendo más

sangre que dar, da –como testimonio de su total donación– el último suero que aún le quedaba en el corazón (Jn. 19, 34).

Viene después, la *Hermandad del Cristo de la Buena Muerte* –la decana de nuestras Hermandades torrentinas– la que de una manera particular nos hace presente la *paz y serenidad* con que Cristo inclina su cabeza y entrega su espíritu, tras exclamar que *todo estaba cumplido* (Jn. 19, 30), y que quiere ser, para cada uno de nosotros, expresión del *deseo de alcanzar* –llegado el momento– un *sereno y santo tránsito a la Patria definitiva*.

Continúa la narración de lo sucedido en el Calvario la *Hermandad del Descendimiento de la Cruz, de Santa María del Testimonio y de San Juan del Protesto*, que reproduce, con su *paso*, la tierna –y al mismo tiempo dramática– escena con que se inician los actos de la sepultura del Señor.

Y tras el descendimiento, la *Hermandad de la Vera Cruz* –encargada también de proclamar en su momento al Cristo Resucitado– nos muestra, con toda solemnidad, la *Cruz verdadera*, la *Cruz desnuda*. Esa que los cristianos proclamamos como *señal de identidad* –pues en ella murió Cristo–; esa que la liturgia del Viernes Santo nos invita a adorar como *árbol de la cruz, en que estuvo clavada la salvación del mundo*.

Finalmente –y ya como colofón– la *Hermandad del Santo Sepulcro*, que con su procesionar provoca espontáneamente la emoción contenida de cuantos contemplan la escena del *Santo Entierro* y de la *urna con el Cristo yacente*, cierra de momento la gran *Historia de amor y fortaleza* que estoy pregonando desde la realidad concreta de este querido Torrent.

Pero ese *preámbulo* y esos *tres actos* que hasta aquí hemos venido viendo, quedarían incompletos en su integral esencia, si no fuéramos capaces de *apreciar* a través de ellos un *trasfondo* y *vislumbrar un horizonte*.

En el *trasfondo* –unas veces de forma más explícita, otras de forma más silenciosa y como en la penumbra– se encuentra la Virgen, o mejor aún la *Madre de Jesús y Madre Nuestra*, a quien la *Hermandad de la Virgen de los Dolores* nos muestra bajo el manto de un sufrimiento –que es siempre expresión y resultado de su profundo e incondicional amor maternal– bien sea en el *Encuentro doloroso con su Hijo*, bien al pie de la Cruz, junto al siempre fiel apóstol Juan, bien *presidiendo*, serena, el *Santo Entierro*. Una Virgen, una Madre, a quien otras Hermandades hacen también presente, ya acogiendo a su Hijo muerto, o ya corriendo, gozosa y esperanzada, al *Encuentro del Resucitado*.

Y junto a ese *trasfondo*, el *horizonte* que da verdadero sentido a la *Historia de amor y fortaleza cristiana: La Resurrección*. Sin ella –como proclama San Pablo– *no tiene sentido nuestra predicación, ni tiene sentido nuestra fe, pues si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres* (1 Co. 15, 14 y 19). Y este horizonte es el que la *Hermandad de la Vera Cruz* nos presenta en su alegre paso del *Cristo Resucitado*.

Pero, además, y precisamente en ese horizonte de *Vida nueva*, entra de lleno la figura de nuestra *Reina del Encuentro y Ángel de Resurrección*. Ella está llamada a reproducir, con ánimo firme y esperanza cierta, aquí y ahora –para todos nosotros torrentinos– el testimonio que un día dieron *las mujeres*, pues no podemos silenciar que fueron ellas las que, en su fina sensibilidad femenina y en su cálido amor maternal, se adelantaron a ir de madrugada al sepulcro, recibieron en primicia el anuncio de los ángeles que les dijeron: *¿porqué buscáis entre los muertos al que está vivo?* (Lc. 24, 5) y, henchidas de gozo, proclamaron a los cuatro vientos, como *prototestigos* que eran del maravilloso acontecimiento: *¡El Maestro no está en el sepulcro, ha resucitado!*

Este es, querida, Marta Puchol Miquel, Reina y Ángel de este año de la Fe, el mensaje que, esperanzados queremos recibir de ti, el Domingo de Resurrección. Que cuando la popular y tradicional *carxofa*, que señala el punto del Encuentro glorioso se abra, dejando escapar y esparciendo sus aleluyas, tu mera presencia nos proclame una vez más: *¡Cristo ha resucitado, aleluya!*

EPLA, a 6 de enero de 2013

Juan Antonio Vives Aguilera

Viviendo una aventura

Lo primero que quiero deciros –principalmente a vosotros, alumnas y alumnos, y a vuestros familiares– es que he querido bautizar esta mi intervención con el título de *Viviendo una aventura*.

Y ¿por qué? Pues porque la *vida* –toda ella y cada parte de ella– *es una aventura*.

Una *aventura* en busca de un *gran tesoro: el tesoro de la propia felicidad*, del propio *sentirse a gusto* consigo mismo y con los que a uno le rodean, y de *sentirse integrado y realizado* en el entramado social.

Este tesoro no esperéis, sin embargo, encontrarlo fuera de vosotros mismos. Este *tesoro* sois *vosotros mismos*, cuando sois capaces de *descubrir* vuestra riqueza interior, cuando sois capaces de *actuar* las inmensas posibilidades que poseéis, cuando, consecuentemente, *sentís* alta vuestra autoestima y salís, decididos, a “comeros el mundo”, a encontrar vuestro sitio en la vida.

Por otra parte, la búsqueda de este tesoro no es fácil ni se puede realizar con urgencias de tiempo.

Hay –como en toda aventura– días soleados y días tormentosos, días buenos y menos buenos, alegrías y tristezas...

Dura –debe durar– lo que la vida misma, pues es un *tesoro* –el de la *felicidad*– que nunca alcanzamos del todo, pero al que cada día podemos acercarnos un poquito más.

Es, además, una búsqueda que se va afrontando desde *distintos ambientes*, entre los que ocupa un lugar muy importante –junto a la *familia*, que es y será siempre el primer y principal ambiente para vivir esa aventura– la *escuela*.

Hoy, vosotras y vosotros, concluís una etapa muy importante de la *escolarización*: la Enseñanza Secundaria Obligatoria. A partir de aquí vuestras vidas –las del grupo de amigos, que en algunos casos os conocéis desde infantil– se diversificarán. Cada uno seguirá su ruta, aunque el objetivo será para todo el mismo: *seguir viviendo la propia aventura vital*.

Pero, centrémonos ya en el presente. Hoy –ya lo he dicho antes y lo repito– es un día especial para todos vosotros, es un día grande, de *fiesta grande*.

Este día, sin embargo, no empezó esta mañana con el amanecer.

Este día es la continuación de otros muchos que han ido entretejiendo vuestra vida hasta el presente.

Y porque es un *día ya largo* –que incluso empezó antes de que vosotros mismos vierais la luz– quiero dedicar un momento al *recuerdo*.

I. RECUERDO

Un *recuerdo* en el que, junto a vosotros, tienen un rol de protagonistas vuestros *padres*.

Ellos fueron vuestros *primeros educadores* y continúan siendo vuestros más valedores *acompañantes* en *vuestra aventura al encuentro con la vida y la felicidad*.

Me vais a permitir, pues, que en este momento me dirija a ellos en primera persona.

Apreciadas *madres* y apreciados *padres*. No me cabe la más mínima duda de que al contemplar, gozosos, ahora, a vuestras hijas e hijos recordáis con cariño aquellos años de su *feliz niñez*.

Vosotros empezasteis a arroparles y acompañarles con vuestro cariño aun antes de que naciesen.

Con indescriptible emoción vivisteis y festejasteis su nacimiento y, con no menos emoción y cariño, los fuisteis acompañando en sus primeros pasos. A vosotros os cabe, pues, el honor de haber sido los *primeros acompañantes válidos de su aventura en la vida*.

Junto a esos años de la *dulce niñez*, recordaréis también ahora –sin duda– aquellos otros, más cercanos en el tiempo y actuales, de su *fascinante adolescencia*. Al principio, quizá, os costó mucho comprender *vuestro nuevo papel de acompañantes*. Vuestras hijas e hijos ya no querían *ir cogidos de vuestra mano*. Querían *caminar sueltos*; querían –lo necesitaban– afianzar su personalidad, su “yo”. Y esto, en un principio, os dolió, como si de un *segundo parto* se tratase. Después lo fuisteis entendiendo en medio de ese contraste de *amor-rivalidad* que suele rodear el ambiente familiar, cuando hay en él hijas o hijos adolescentes.

Con todo –y en medio de ese clima de “tira y afloja”, de “encuentros y desencuentros”, de “amores gozados y amores sufridos”– os fuisteis alegrando, con alegría creciente, al comprobar cómo vuestras hijas e hijos se iban convirtiendo en *mujeres y hombres*, cada vez más cabales. Y fuisteis descubriendo también que esta *etapa de la adolescencia* –en la que están todavía ellas y ellos– guarda en sus

entrañas, en las de vuestras hijas e hijos, tal cúmulo de sentimiento y amor, que hacen superar, con creces, los difíciles momentos que la acompañan.

REFLEXIÓN

Y tras el recuerdo, *la reflexión*. Permittedme que señale ahora *tres valores* que considero imprescindibles para que vuestro proceso educativo continúe siendo un éxito.

Cada día más autónomos

Y el primero y principal de esos valores es –a mi entender– *la libertad*.

Sólo en un clima creciente de libertad puede desarrollarse y alcanzar su madurez la persona.

Sin libertad no crecen ni las plantas. ¿Qué bonitos son los bonsáis, verdad? Y sin embargo, al contemplar su belleza, uno siente al mismo tiempo, algo –mucho– de nostalgia ¡Qué pena del gran árbol que nunca será! Se quedó pequeño, enanizado. Y todo porque le recortaron –una y otra vez– sus ansias de crecimiento.

La libertad es, pues, imprescindible, pero hay que saberla conquistar, para que no se convierta para nosotros mismos “en arma de doble filo”. La *conquista de la libertad* es –se podría decir y permittedme la comparación– como dominar el *arte* que se necesita para conducir “un pura raza” a la victoria. Y en este arte, cada uno de vosotros debéis ser al mismo tiempo *caballo* y *caballero*. Cada uno de vosotros es un *potencial ganador*, y lo será de hecho, si sabéis llevar bien las riendas de vuestra propia personalidad; si sabéis cuándo podéis y debéis *ir más sueltos y veloces* y cuándo, por el contrario, debéis tirar de las bridas y aminorar el paso.

En fin, la libertad es el *gran regalo* que el hombre recibió de Dios, junto a su vida; es un *regalo imprescindible* para alcanzar la *felicidad*, pero hay que hacerse merecedor de él, creciendo cada día en *autonomía*, en esa capacidad que nos permite *cabalgar solo por la vida, pero con la seguridad que da el sentirse cada vez más a gusto con uno mismo*.

Acompañantes desde el afecto

Y, junto a la libertad, otro *valor*, el del *acompañamiento*.

Y si en el anterior valor me refería particularmente a vosotros –alumnos y alumnas– ahora me dirigiré en primer lugar a vuestros padres.

Queridos padres y madres no dejéis de ser nunca sus más cercanos y valiosos acompañantes. Ahí donde los veis –hechos ya casi mujeres y hombres cabales– no dejan de ser –y lo sabéis vosotros y lo saben ellos, aunque les cueste reconocerlo– personas necesitadas –y mucho– de vuestra compañía, cariño y apoyo incondicional.

Acompañadlos, pues, seguid acompañándolos, como necesitamos siempre las personas ser acompañados: desde la cordial cercanía del afecto.

En diálogo y perdón

Y como colofón de esta reflexión para el hoy, un *tercer valor*: la *capacidad de diálogo y perdón*.

Queridos alumnas y alumnos, queridas familias, “la confianza, a veces, da asco”, dice un refrán castellano. Y desgraciadamente así parece ser en ocasiones.

Es precisamente en el seno de la familia, donde se generan a veces conflictos que hacen sufrir tanto a padres como a hijos.

Es posible que estos conflictos sean incluso inevitables. Pero lo que sí puede ser evitado es el que dejen heridas que vayan más allá del enfado del momento. Y para ello, hace falta que todos los componentes de la familia posean una creciente *capacidad de diálogo y de perdón*.

Diálogo para verbalizar y compartir sentimientos, para acercar puntos de vista, a fin de que se evite –lo mejor posible– el encontronazo.

Y *perdón* para que sepamos tender nuevos puentes de diálogo y encuentro, si éstos se hubiesen visto dañados en la fogosidad del momento.

ESPERANZA

Y tras la reflexión –y ya para acabar– concedamos un momento a la *esperanza*.

Si el *recuerdo* nos remontaba al *ayer* y la *reflexión* nos centraba en el *hoy*, la *esperanza* invita –por su propia naturaleza– a poner los ojos en el *mañana*.

Vuestra *aventura vital* –recordad– ni ha empezado hoy ni termina con este acto. Es algo que os acompañará siempre.

Hoy se finaliza una etapa, pero empieza otra. La vida sigue. Y en este momento de cambiar el “chip” de la Secundaria a otro nivel de educación o al mundo laboral, permitidme unas palabras de *despedida*:

Dicen –queridas madres y padres– que a un hijo “no se le acaba de parir nunca”. Por mucho que crezca, forme su propia familia, se aleje del hogar paterno, vosotros siempre lo sentiréis cercano en vuestro corazón y, como antes decíamos, tendréis que continuar acompañándole. Y sólo el corazón os irá diciendo cómo y de qué manera.

Y vosotros –queridas alumnas y alumnos– recordad siempre –y termino– que el único regalo de *amor incondicional* que recibiréis en la vida es el de vuestros padres.

¡Enhorabuena. Felicidades, y que la alegría de estos momentos se continúe en vuestras vidas!.

EPLA, junio 2009

Juan Antonio Vives Aguilera

La ciencia del corazón

Ambientación

No quisiera –queridas alumnas y alumnos– amargaros este importante acto, “largándoos un rollo indigerible”. Lejos de mí tal pretensión.

Y ya para empezar, quisiera referirme, aunque sea muy brevemente, al “por qué” de mi presencia aquí y ahora.

Todo se remonta al 7 de julio, fecha en que don Antonio Faus, todavía entonces Director General del Colegio, me invitó a impartir esta lección inaugural del curso escolar 2013-2014, en el que, por celebrarse los 125 años de la llegada a Torrent de los Terciarios Capuchinos, de los Amigonianos, o simplemente “dels frares del Convent” –como nos llaman familiarmente els torrentins–, le parecía lógico que fuese precisamente uno de estos frares, quien tuviese este año dicha lección.

Ni que decir tiene que –por las circunstancias expresadas, pero sobre todo por tratarse de este Colegio del que fui Director Técnico entre 1981 y 1983 y al

que, desde entonces, llevo en mi corazón, como llevo también a las gentes de este pueblo que siempre me han acogido y tratado cariñosamente como uno más del lugar— respondí inmediatamente que “sí”.

Y aquí me tenéis intentando transmitir algo que se encuadra más en el ámbito de los sentimientos, que en el de las meras ideas.

No me cabe duda de que, durante los años —muchos o pocos— de vuestra estancia en Monte-Sión, habéis adquirido muchos y positivos conocimientos tanto en el campo de las letras, como en el de las ciencias. Y no me cabe tampoco la menor duda de que, junto a esos conocimientos intelectuales, habéis ido adquiriendo también toda una serie de habilidades que han favorecido en vosotras y vosotros la comunicación de sentimientos y, con ella, la capacidad, cada vez mayor, de relacionaros con los demás. Dicho de otra manera, no sólo habéis crecido en *inteligencia científica*, sino también en *inteligencia emocional*.

La vida sigue

Pero —como sabéis muy bien, pues lo vais experimentando en vosotros mismos— la *vida sigue*, cual *constante aventura* que es.

Una *aventura irrepetible* en busca de un gran *tesoro*: el *tesoro de la propia felicidad*, del *propio sentirse a gusto con uno mismo y con los que le rodean*, de *sentirse realizado a nivel personal e integrado en el entramado social*, de *saborear* la vida, que esto significa en realidad la palabra *sabiduría*. Esa *sabiduría* que no se aprende tanto de los libros, cuanto de la propia *experiencia vital*.

Ese *tesoro*, sin embargo, no esperéis encontrarlo fuera de vosotros mismos, pues, ese tesoro —el de la *felicidad*— sois vosotros mismos, cuando sois capaces de *descubrir* vuestra riqueza personal, cuando sois capaces de actuar las inmensas posibilidades que poseéis, cuando, en consecuencia, *sentís* alta vuestra *autoestima* y *salís, decididos*, a “comeros el mundo”, a encontrar vuestro sitio en la vida.

De cara a la consecución de ese objetivo de *crecer en autoestima*, de sentirnos bien, de *experimentar* una creciente felicidad, de *saborear* la vida, os seguirán ayudando —como sin duda lo han venido haciendo hasta el presente— vuestra convivencia familiar, las relaciones cercanas y afectuosas con vuestras amistades, y también —cómo no— vuestro crecimiento intelectual.

Pero —recordémoslo una vez más— ese crecimiento, para que sea verdaderamente *integral, holístico*, no podrá limitarse —ni tan siquiera centrarse principalmente en vuestro futuro próximo— a la adquisición de nuevos conocimientos

—sean de la índole que sean— sino que tendrá que seguir adentrándose en esa *inteligencia emocional*, a la que se viene aludiendo.

Inteligencia emocional

Y precisamente en esa *inteligencia emocional* quisiera centrar, a partir de ahora, mi intervención, haciéndome eco para ello —en un primer momento— de unas palabras que el padre Luis Amigó —nuestro Fundador— pronunció y dejó escritas en esta Casa-Colegio hace ya ciento once años. “*Aprended* —dijo en aquella ocasión a sus frailes— *aprended por experiencia la ciencia del corazón humano*” (OCLA, 2047).

¡Qué expresión tan feliz y lograda! *La ciencia del corazón humano*. Fue su manera particular de hacer alusión a lo que Daniel Goleman ha calificado de *Inteligencia emocional*, pero que evidentemente no ha sido creación ni invención suya, pues dicha inteligencia es tan antigua como el hombre mismo y empezó a ponerse en práctica desde el momento que dos personas lograron entenderse, lograron actuar las necesarias *habilidades* para relacionarse positiva y felizmente.

Inteligencia emocional es, pues, como podéis comprender, algo que va mucho más allá de unas *determinadas normativas de comportamiento*. Es más, esas *normativas*, sin la creatividad vital que aporta la persona en un momento concreto y circunstancia, no hacen sino convertir a la persona misma —en su pretensión de “caer bien” y “quedar fenomenal”— en un ser del todo ridículo, o, si preferís, en un “mal payaso”.

Inteligencia emocional es, en definitiva, algo esencial y fundamental en el feliz desarrollo humano. ¿De qué le serviría a uno ser un gran científico, un buen humanista, un insuperable conocedor de las más modernas tecnologías o un afamado artista, si resultase que es infeliz? ¿De qué nos serviría haber desarrollado mucho los conocimientos, si resulta que no pasamos de ser *analfabetos emocionales*?

Como podéis ver, la *inteligencia emocional* es algo tan importante, pero a la vez tan complejo, que resulta difícil —por no decir imposible— definirla con palabras, pues se adentra en un ámbito —el de los *sentimientos*— en el que sólo sirve, como medio de conocimiento, la *intuición* y la *experiencia personal*. ¿Os imagináis a alguien que no ha estado nunca enamorado intentando definir el amor?

Por ello, pues, porque los sentimientos y las emociones no pueden conceptualizarse adecuadamente, yo –en mi intento de transmitir algo positivo y medianamente comprensible– recurriré a una especie de *alegoría*.

Una alegoría que algunos –muchos, demasiados, diría– han venido denominando *cuento*, pero yo prefiero calificar de *poema pedagógico*, o aún mejor, dentro del contexto en que nos movemos, de *imprescindible manual de inteligencia emocional*. Este *poema* o *manual* tiene dos grandes protagonistas, o si se prefiere, tres. Uno de ellos es un *pequeño príncipe*, que lo era no sólo de estatura, sino principalmente, y al principio del relato, de miras, pues era, al inicio, un *egoísta integral* encerrado en su reducido microcosmos. Como él mismo solía decir entonces, en su mundo todo “era pequeño”. Otro protagonista era una *rosa*, soñadora ella, desbordante de sentimientos, deseosa –desesperada casi– por relacionarse con aquel pequeño personaje, que no sólo no le hacía el más mínimo caso, sino que, en el colmo del sarcasmo, la consideraba orgullosa y estúpida, cuando el estúpido orgulloso era él mismo. Y el tercer protagonista era un *zorro*, que, con su *inteligencia y astucia* naturales sería el gran maestro de *inteligencia emocional* para el pequeño Príncipe, llegando a hacer de él una *persona feliz*, despertando sus sentimientos, ayudándole a descubrir el amor.

Sí, ya sé que a estas alturas habéis adivinado que me refiero a la obra maestra de Antoine de Saint-Exupéry.

Ponerse en camino

La verdad es que, por más que, al inicio del relato, el *Principito* fuese un tanto estúpido, no era ni mucho menos un ignorante.

Es más, tenía sus buenos conocimientos en matemáticas, astrología... y si me apuráis hasta en jardinería. Sabía, por ejemplo, en este último sentido, descubrir a tiempo los *baobabs* –esos extraños árboles que si no los desarraigaba a tiempo, se hacían enormes y, tan sólo uno de ellos, hubiese podido acabar con su pequeño planeta.

Poseía incluso la suficiente intuición, ingenio, y hasta creatividad, para saber “ver” y apreciar el cordero oculto en la cajita que el aviador le había dibujado.

Sabía, ver, sí, el interior de los objetos, pero era un verdadero analfabeto para ver y apreciar el interior de las personas, para percibir la riqueza que cada hombre y mujer escondemos en nuestro interior, en fin, para leer adecuadamente los sentimientos y emociones de los demás y para saber expresar los propios.

Por ello, precisamente, no acababa de sentirse feliz y satisfecho en su propio mundo, donde había una rosa que, ya para entonces, lo quería con locura, por más que él –egoísta integral aún– no estaba preparado para sintonizar con aquel cariño espontáneo y aquel amor gratuito. *Yo era* –reconocería él mismo con el tiempo– *demasiado joven* –o si preferís, demasiado inmaduro, demasiado inconsciente– *para saberla amar*, o quizá, mejor, “para saber percibir el amor que ella me tenía”.

No olvidemos nunca a este respecto que detrás de todos nuestros complejos, de nuestras angustias..., se esconde siempre, de alguna manera, un *problema afectivo*. Y éste no consiste tanto en que no hayamos aprendido a *querer*, si no en que *no nos hemos sentido queridos* pues aunque quizá nos hayan querido mucho, no hemos logrado sintonizar adecuadamente con ese cariño que nos han regalado, al no sentirnos queridos y apreciados tal como nosotros lo necesitábamos en un momento concreto de nuestra existencia.

¡Cuán difícil resulta llegar a querer al otro “como es” y no cómo a nosotros nos gustaría que fuese! ¡Cuán difícil es amar desde el “tú” del otro y no desde el propio “yo”!

Con todo, y aunque, como lo venimos repitiendo, el Principito era, al inicio del relato, un ser inmaduro, infeliz e insatisfecho, tenía ya entonces una cosa muy positiva. Estaba en *búsqueda*. No se contentaba con lo que era, sino que *buscaba un amigo* y en su ansia de búsqueda se puso en camino, emprendió un largo viaje.

En su camino encontró diversos y extraños personajes: un *rey*, un *vanidoso*, un *bebedor*, un *negociante*, un *farolero*, un *geógrafo*... En fin, encuentra muchas personas, pero en ninguna de ellas encuentra lo que anhelaba. Ninguna de esas personas era *feliz*, porque todas –y cada una de ellas a su manera– vivían encerradas en su pequeño cascarón, atrapadas en una triste soledad y esclavizadas por el poder, el aparentar, el poseer, el cumplir a rajatabla las normas... En ninguna de ellas había el más mínimo rastro de sentimiento, de emotividad, de verdadera vida.

Desde cierta perspectiva, el viaje del Principito me hace recordar con espontaneidad aquel otro viaje que un joven –según cuenta Paulo Coelho en su *Alquimista*– emprendió en busca del tesoro escondido de su felicidad. Al final tanto este joven como el pequeño Príncipe aprenderían que la felicidad no hay que buscarla fuera, sino que hay que *encontrarla dentro de uno mismo*.

Pero, no adelantemos acontecimientos, y sigamos el ritmo que nos marca Antoine de Saint-Exupéry.

Ver con los ojos del corazón

Después de recorrer varios planetas, el Principito llegó a la tierra, y tras vagar de un sitio para otro buscando una persona con la que trabar amistad, sin acabar de conseguir su propósito, se encontró con el *zorro*, quien resultaría ser su verdadero maestro en el arte de la *inteligencia emocional* (Y hablo de *arte*, porque esta inteligencia no responde a fórmulas científicas o a la aplicación de determinados comportamientos, sino que requiere un arte especial para *despertar y actuar las habilidades* –a veces ocultas y dormidas en el propio ser– para hacer sonar las notas de aquella arpa que *Gustavo Adolfo Becquer* contemplara silenciosa, cubierta de polvo y abandonada en el ángulo oscuro del salón).

Y una de las primeras lecciones que el zorro dio a nuestro pequeño protagonista fue que aprendiera a *ver a las personas con los “ojos del corazón”*.

Lo esencial es invisible a los ojos, le dijo. Y así, poco a poco, le fue enseñando a descubrir el interior de las personas, más allá de lo que sus palabras o sus gestos pudieran transmitir en un primer momento.

Tras esta lección, el Principito, que siempre tuvo presente a su *rosa*, aunque no se hubiese percatado hasta entonces del cariño que ella le tenía desde siempre, exclama: *Debí haber adivinado su ternura detrás de sus palabras de astucia*.

¡Cuántas veces, en la vida, nos dejamos seducir por palabras engañosas! ¡Cuántas veces nos dejamos deslumbrar por apariencias!... ¡Y no somos capaces de descubrir en los demás su verdadera personalidad, la verdadera riqueza que esconde su ser!

Sólo desde la sintonía del corazón –o si preferís, *sólo con los ojos del corazón*– acabamos viendo de verdad al otro. Sólo compartiendo sentimientos, se puede llegar al cabal conocimiento. *Sólo en la medida que amamos, conocemos*.

Dejar entrar en la propia casa

De todas formas, la gran lección de *inteligencia emocional* que el zorro dio al Principito se encuadra en torno al verbo *domesticar*, que no hay que confundir nunca, por más que el castellano parece abocarnos a ello con el *domar*. Este viene de *dominus* –señor– e implica *enseñorearse* sobre algo o alguien. *Domesticar*, por el contrario, viene de *domus* –casa– y quiere indicar, en su más pura etimología, *dejar entrar en la propia casa*. Y es esto lo que el zorro quiso transmitir a nuestro

pequeño personaje. Si quieres hacer amigos, si quieres salir de tu soledad –le vino a decir– tienes que aprender a *abrir tu casa* –es decir, *tu corazón*– a los demás.

Los sentimientos –y fundamentalmente el principal de todos ellos: el amor– necesitan ser expresados desde el propio corazón y ser acogidos y compartidos en el corazón de las personas que buscan relacionarse.

Cuando uno está demasiado lleno y satisfecho de sí mismo, cuando uno es un egoísta integral, se incapacita para acoger al otro. Su corazón está tan pagado de sí mismo, que no queda en él resquicio alguno para que pueda entrar nadie más.

El egoísta integral puede *dar* –aunque no lo hará nunca con verdadera *generosidad*– pero difícilmente puede recibir. Y en el ámbito de los *sentimientos*, quien no es capaz de recibir de los demás, no deja de ser un solitario y, en el fondo, un tacaño.

Crear lazos cordiales

La grande y fundamental lección de *inteligencia emocional* que el zorro dio al Principito tiene, como tercera estrofa, la invitación a *crear lazos* con las personas.

Evidentemente, se trata de *lazos cordiales*, de lazos que surgen del amor. Y tales *lazos* no podrán ser nunca, por su propia naturaleza, *ataduras*. *El amor es libre, libre es el amor*, como cantara John Lenon.

El amor de verdad siempre crea ámbitos de *libertad*. Cuando se producen situaciones de esclavitud, por mucho que se quiera hablar de amor, no existe sino una burda imitación y una clara falsedad de este sentimiento.

Despidiéndonos

En fin, creo que ya os he dado excesivamente la paliza. Disculpadme, si podéis.

Simplemente expresaros, una vez más, mi deseo de felicidad para todos vosotros, *aprendices* siempre –como yo– de la vital asignatura de la *inteligencia emocional*.

Ojalá que en el futuro próximo –que ya empiece– al tiempo que seguíis creciendo en conocimientos y técnicas, cultivéis con especial énfasis vuestra *inteligencia* a la hora de manejar vuestras *emociones* y de desarrollar vuestras *habilidades* sociales. Y que cada día, más y mejor:

- sepáis *ver* el interior de las personas *con los ojos del corazón*;
 - estéis dispuestos y prontos a *acoger en vuestra propia casa* —en el santuario de vuestro corazón— a aquellas personas que os puedan aportar felicidad,
 - y logréis *crear* con ellas verdaderos *lazos cordiales*, que os ayuden a *saborear* con creciente alegría y libertad la vida, el día a día.
- ¡Ojalá aprendáis cada día más y mejor: *la ciencia del corazón*!

EPLA, 25 de agosto de 2013
Juan Antonio Vives Aguilera